



## California

Coronel Tim Mac Coy  
Dorothy Sebastian



VAN DYKE, W.S.

## La Novela Metro-Goldwyn

Publicación semanal de argumentos  
de películas de  
Núm. METRO-GOLDWYN-MAYER 25  
44 :: y FIRST NATIONAL :: Cénts.

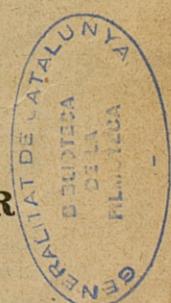
Ediciones BISTAGNE  
Pasaje de la Paz, 10 bis - Teléfono 2717 A - Barcelona

## CALIFORNIA (1927)

Novela de aventuras,  
interpretada por el  
**CORONEL TIM MAC COY**  
y la gentilísima  
**DOROTHY SEBASTIAN**

PRODUCCIÓN  
**METRO-GOLDWYN-MAYER**

DISTRIBUIDA POR  
**Metro-Goldwyn Corporation**  
MALLORCA, 220 — BARCELONA





# LITERATURA

Revisado  
por la censura gubernativa

Imp. Badia — Dr. Dou, 14 — Barcelona



# CALIFORNIA

## *Argumento de la película*

Se había declarado la guerra civil y California se veía envuelta en el conflicto. ¿Debía unirse a las fuerzas del Norte o a las del Sur?

Algunos que fueron a California en busca de oro y fracasaron, tomando ventaja de la anormalidad se dedicaron al robo. Y a causa de estas cuadrillas de bandidos llamados renegados, California pidió ayuda a la Casa Blanca.

Hasta los indios tomaron ventaja de la crisis y abandonaron sus campos, uniéndose a los asaltadores.

El capitán Hamilton, valeroso militar de las fuerzas del Norte, después de haber atravesado toda América, llegaba a Santa Fe, para reunirse con las tropas fieles a la Casa Blanca.

Llegó primero al campamento de leales californianos, y dijo al jefe militar:

—Soy el capitán Hamilton del Cuerpo de Infantería de Marina y tráigo órdenes del comandante Wilson.

—Mucho gusto en conocerle, capitán... Yo soy el capitán Williams... a sus órdenes... Y éste es Joe Jackson, el mejor explorador de California.

Y señaló a un hombre de aspecto fiero, de barba descuidada, negro por los combates y el sol.

—El comandante Wilson ordena que vayan ustedes a Los Angeles inmediatamente para defender a la gente contra los renegados... Creo que marchan también para allí las tropas de nuestro general Johnston — explicó Hamilton.

—¡Será usted obedecido! Vamos a salir tan pronto terminemos las prácticas de tiro. ¿Quiere usted venir con nosotros?

—Tendría mucho gusto, pero debo irme a mi cuartel.

Y despidiéndose de sus amigos se dirigió a reunirse con las otras tropas que acampaban en la ciudad.

A algunas millas marchaba por el camino una diligencia ocupada por dos damas. La una era algo vieja, muy voluminosa y oronda; la otra mucho más joven, de alegre rostro, encuadrado por una mata de brillantes cabellos.

De repente, al pasar por un bosque sonaron nubridos disparos y varios bandidos detuvieron la diligencia.

Era una cuadrilla de renegados dispuestos a desvalijar cuanto de algún valor llevasen aquellas señoras.

Muertas de miedo las dos mujeres se asomaron a las ventanillas contemplando a aquellos hombres de aspecto repulsivo y brutal.

—¡A ver, bájense ustedes, que tenemos que registrar la carroza! — dijo el que debía ser el jefe.

La más joven de las viajeras era Felice Martin y la otra su dama de compañía.

Esta probó inútilmente de descender del coche; la portezuela era estrecha y el excesivo volumen de la dama impedía bajar.

El capitán Hamilton, que había huído de un grupo de indios que le perseguían teniendo que vadear un río, llegó hasta cerca del lugar donde estaba detenida la diligencia.

Con el tranquilo espíritu de que siempre hacia gala, acercóse lentamente el capitán y dijo viendo el esfuerzo que realizaban los ladrones para conseguir bajar a la dama de compañía:

—Me parece que si no rompen la trasera del coche, no van a poder sacar de él a la señora.

Al escucharle, los bandidos le apuntaron con sus revólveres, pero el militar no se inmutó.

—Señor capitán — dijo riendo al jefe —, observo que sus hombres me miran con desconfianza!

—Es que usted debe seguir su camino sin meterse en nuestras cosas

—Según y cómo... pero, ¿a quién detienen ustedes?

La dama vieja no le había interesado, pero al mirar por la otra ventanilla vió a una hermosísima joven que en el acto cautivó su alma.

Sonriente y queriendo librar a aquella criatura de todo peligro, dijo a uno de los bandidos señalando la larga lanza que éste llevaba en una mano:

—¡Es una buena arma... permítame que le enseñe lo que hago con ella!

Desconcertado por aquella actitud, el ladrón le entregó la lanza, y el capitán, rápido cual una ardilla espoleó con ella a los caballos de la diligencia, que huyeron a todo galope, sin que el cochero pudiera detenerlos.

La carroza desapareció instantáneamente mientras el capitán de un salto montaba en su caballo y corría en persecución del desbocado tiro. Pero mientras tanto había conseguido librar a aquellas dos mujeres de la compañía de los bandidos.

Estos dispararon algunos tiros pero inútilmente. Carroza y caballero estaban ya lejos. ¡Ah, el granuja del capitán, cómo se había burlado de ellos!

Marta, la dama de compañía, daba gritos espantosos durante la carrera. Estaba aprisionada en el marco de la ventanilla, con medio cuerpo hacia fuera mientras el otro, demasiado voluminoso, no podía salir.

Hamilton llegó junto a la carroza, saltó al pesante y tirando de las riendas, en pocos momentos consiguió detener el impetuoso avance de los caballos.

Felice contempló al bravo militar y le dijo, impresionada por lo que éste había hecho:

—¡Es usted un valiente, señor!

—¡No, señorita... suerte nada más!...

Era cuestión de librarse a doña Marta de su incómoda posición. Con inauditos esfuerzos lograron meterla de nuevo por entero en la carroza. La gordura es siempre una desgracia.

El cochero volvió a tomar las riendas de la diligencia y el capitán, presentándose, se despidió de las dos señoras. Felice se dió a conocer a su vez a tiempo que sus ojos se clavaban con dulzura en el militar.

—Y repito mi agradecimiento, señor capitán!...

—No tiene importancia... Pero yo creo reconocerla, señorita... A usted la he visto yo antes de ahora — dijo Hamilton, besándole la mano.

—¿Dónde?

—En mis sueños!...

Ella sonrió cariñosa.

—Adiós, señor... y que siga soñando!...

La carroza emprendió rápida marcha y el capitán Hamilton la siguió con la mirada creyendo ver aún a la linda mujer que pasaba con la ilusión que tiene todo lo fugitivo.

—Si es así, señora, que no se acuerda de su marido, le diré que el señor Drochano es un hombre de mucha cultura y muy respetable. Señorita, ¿no le importaría que yo le trajese al señor Drochano? —dijo el señor Martín, y añadió: —Yo sé que el señor Drochano es un hombre de mucha cultura y muy respetable.

Poco después llegaba la diligencia a la hacienda de los Martín, que simpatizaban con los del Sur. Doña Marta, volvió a sufrir lo indecible para poder salir del coche.

Felice abrazó a su padre, un hidalgote de la comarca. —Hija mía — le dijo el señor Martín —, quiero presentarte al señor Drochano, un buen amigo de California.

Ella tendió la mano a un caballero de mediana edad, de aspecto francamente antipático.

—El señor Drochano con sus hombres va a proteger nuestra casa contra las tropas federales del Norte — dijo Martín.

Como un relámpago pasó ante ella la figura del capitán Hamilton, un soldado del Norte.

—Pero, padre... — se atrevió a decir — las tropas federales han venido a protegernos.

—Se dicen amigos nuestros, pero lo que quieren es apoderarse del país...

—Debemos estar prevenidos contra ellos, señorita — dijo Drochano.

—No te preocupes pensando en ellos, y cuéntanos tu viaje...

—No. Temo que no sea, después de todo, tan interesante como yo pensaba...

Pero a ruegos de todos explicó la agresión de que había sido objeto y el apoyo prestado por el militar.



—A usted la he visto yo antes de ahora.

—¡Prepárate para otro viaje, hija mía! ¡Vamos a Los Angeles con el señor Drochano!

Ella experimentó fuerte contrariedad por el nuevo viaje, pero dispuesta a obedecer a su padre, nada quiso objetar.

Aquella misma noche frente al cuartel, el capitán Hamilton arengaba a sus soldados.

—¡No estamos aquí para pelear — les decía—, sino para guardar la paz! Debemos pues respetar



*...tendió la mano a un caballero de mediana edad...*

la vida y hacienda de todos los vecinos... Por último, deseo decir...

En aquel instante vió pasar cerca del cuartel y meterse en una casa cercana a una mujer, la misma que si no le engañaban los ojos había él visto en la diligencia.

Interrumpiendo bruscamente su discurso, dijo:

—¡Buenas noches!

Y ante la estupefacción de los soldados marchó rápido hacia aquella vivienda. Procurando que nadie le viese saltó por el muro y se encontró en un jardín.

Iba a avanzar en la umbría cuando se sintió suavemente cogido por un brazo blanco.

—¡Salga usted! — le dijo la dulcísima voz de Felice.

El joven retrocedió commovido.

—¿Sueño de nuevo o es realmente usted? — dijo Felice.

—¡El mismo! Ha querido el destino que la volviese a ver...

Felice se sentía turbada. No le desagradaba el capitán, pero pertenecía a un ejército que papá llamaba enemigo.

—Capitán Hamilton — le dijo con melancolía—, usted no puede ser bien recibido en esta casa.

—¿Por qué motivo?

—Porque es usted del Norte... y yo soy del Sur.

—Y éso qué tiene que ver con el amor?

—Yo odio a todos los del Norte! — dijo ella decidida.

—Pues yo quiero a una del Sur! — respondió él acercándose más y envolviéndola en su aliento.

—Oh, apártese! Yo le odio a usted!

—Yo la amo a usted!

—Márchese en seguida!

—Me quiero quedar a su lado..

—Es usted atrevido!

—¡ Y usted divina!

—¡ Salga o llamo!...

—¡ Llame usted!

Y sin que ella pudiera evitarlo la enlazó por el talle, la apretó contra sí y selló los labios frescos de la joven con la llama de fuego de su boca.

—¡ La amo... te amo... Felice!...

Ella suspiró y aunque al principio quiso rechazar esa ofrenda, besó también una y otra vez...

—¡ Señor, es imposible odiarle a usted! — suspiró desfalleciendo.

Y en el jardín los besos tenían una sinfonía grata. Pero doña Marta vigilaba provista de su linterna.

—¡ Felice... Felice! — gritaba.

La muchacha se hizo el sordo, prefiriendo besar al capitán a ir con la dama de compañía, pero ésta se aproximaba y Felice no tuvo otro remedio que despedirse de Hamilton y volver con la dueña.

Hamilton saltó tranquilamente por el muro considerándose el hombre más feliz de la tierra.

—¿Qué hacías tan sola? — preguntó doña Marta, furiosa y obligándola a entrar en casa.

—Nada... estaba gozando de la soledad.

—Pues no es hora esta de vagar por el jardín como un fantasma. No está bien...

El capitán Hamilton llegó al cuartel. Allí le esperaba una desagradable sorpresa.

Acababa de recibirse una orden de la superioridad para que se procediera a la inmediata detención de Julián Martín y de Drochano.

El nombre de Martín le hizo palidecer. Se trataba

del padre de Felice y era terrible para él tener que detenerlo. Pero ser soldado, ¿no significaba acaso sacrificios y cumplir siempre, siempre, aunque a veces se haga jirones el corazón?

Al frente de un piquete se dirigió a casa de Martín. Llamó reciamente a la puerta y como tardasen en abrir, los mismos soldados se encargaron con sus bayonetas de echar la puerta abajo.

Martín se hallaba con su hija, Drochano y otros amigos.

El capitán Hamilton avanzó por la estancia. Vió a Felice, la miró un instante con ojos serenos como si se excusara de tener que realizar aquel paso y luego dijo, señalando al grupo:

—¡ Señor Julián Martín... y usted Drochano, quedan detenidos!

Martín hizo un gesto de desdén y se entregó a su enemigos juntamente con Drochano.

Pero a Felice no le cabía en la cabeza que fuera el propio hombre que unos momentos antes la había besado quien realizase aquella antipática misión.

Se acercó a él y le dijo:

—¡ Señor... no detenga usted a mi padre! ¡ Se lo ruego!

Y le miró con aquella mirada dulce y única que las mujeres tienen para las grandes ocasiones. Pero el capitán se mantuvo enérgico:

—¡ Soy soldado, señorita... y cumple con mi deber!...

—¡Pero usted no debe prenderle... usted no puede hacer ésto!...

—Mi obligación es detener a su padre... y la de usted defenderlo...

—¡No, no será!

Y rápida, sin que nadie pudiera evitarlo, empuñó un revólver y disparó un tiro contra el capitán.

Este sintió el golpear de la bala en su hombro, pero nada dijo, y detuvo con un brazo a los soldados que querían prender a Felice.

—¡En marcha! —ordenó.

Martin y Drochano salieron entre dos filas de soldados mientras Felice, horrorizada ahora de su obra, contemplaba al capitán. Este antes de partir dijo:

—Usted ha cumplido con su deber, señorita... Yo con el mío... ¡Buenas noches!

Y partió arrogante mientras su camisa se empapaba en la sangre de la herida.

Al salir a la calle no pudo resistir más. El dolor le mordía... Cayó desvanecido.

\*

Entretanto, a marchas forzadas, día y noche, el general del Norte, Johnston, seguía avanzando hacia Los Angeles al frente de sus valerosos soldados.

Aquella misma noche, horrorizada Felice por lo qué había hecho, estuvo en el cuartel a visitar al capitán Hamilton.

Este, aunque débil por la profunda herida del brazo, estaba de pie y vistióse el uniforme para recibir aquella visita.

Felice le dijo con palabra emocionada:

—Dios ha sido muy bueno conmigo al concederme lo que le pedí. Toda la noche me la pasé rezando para que usted no muriese.

—La herida no es nada —dijo él—, me duele mucho más tener encarcelado a quien tanto quiere usted.

Un rayo de esperanza iluminó a la joven.

—Y ahora, ¿pondrá usted en libertad a mi padre?

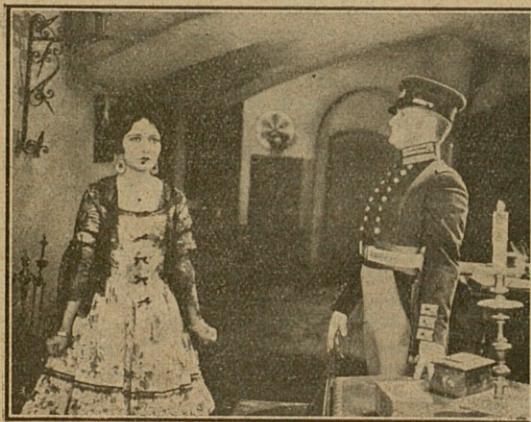
—Lo siento mucho, señorita, pero no puedo.

E inclinó la cabeza como si lamentase en el alma su determinación.

Ella insistió:

—Nos iremos a nuestra Hacienda de San Diego y le prometo que por nosotros no tendrá usted ninguna preocupación.

—No sabe usted cuánto lo siento, señorita... pero... ¡es imposible!



—Y ahora, ¿pondrá usted en libertad a mi padre?

—Dice usted que lo siente y no me complace? El iba poniéndose nervioso.

—Es que no comprende usted, señorita?... ¡El deber es sagrado!

—Lo que yo comprendo es que no quiere usted concederme el favor que le pido.

En aquel instante un soldado entró con un parte para el capitán Hamilton. Este lo leyó y aclaró su rostro con una sonrisa.

—Me ordenan marchar — dijo a Felice — y ésto me facilita el poder libertar a su padre. ¡Ya es libre!

—¡Es usted muy generoso cuando no le queda otro remedio...!

Y Felice abandonó la estancia esperando cerca del cuartel a que fueran puestos en libertad su padre y Drochano. Pero estaba indignada, furiosa contra el capitán que sólo cedía al imperio de las circunstancias y no a las súplicas de la joven.

Poco después eran libertados los presos. Y el capitán Hamilton al frente de sus tropas marchaba al encuentro de los soldados del general Johnston que continuaban a marchas forzadas su camino hacia Los Angeles.

El general Johnston había acampado a algunos kilómetros de allí y dudaba entre retroceder o proseguir avanzando, pues dándose cuenta de que si Johnston llegaba a Los Angeles, estaban perdidos, los renegados y los indios habían determinado hacerle frente y formaban ante los soldados un muro casi infranqueable.

Johnston vacilaba ¿Qué hacer? Los enemigos eran en gran número y seguramente perderían los leales.

Pero el capitán Hamilton con sus bravos soldados llegó a establecer contacto con la vanguardia de las tropas de Johnston y este refuerzo cambió completamente la situación.

—¡Es usted el hombre más oportuno que he conocido! — le dijo el general abrazándole.

—He cumplido con mi deber, señor...

—Ahora podremos avanzar sin grandes obstáculos. Somos tantos como ellos.

—Muchos menos que ellos, mi general. Los matorrales están cuajados de rebeldes. ¡Yo lo he visto!

Con Johnston se encontraban Joe Jackson, el mejor explorador del país y el capitán Williams, quien con sus hombres se había unido también poco antes al grueso de las fuerzas amigas.

El general dijo señalando a los enemigos que montados a caballo esperaban el instante del combate:

—Hemos andado mucho hacia adelante para volver ahora atrás.

—Además — agregó Hamilton —, no es político ni correcto volverle la espalda a la gente... Y las órdenes son de que protejamos Los Angeles.

—Capitán Hamilton, ¿cuántos renegados habrá allá? — preguntó el general señalando a sus enemigos.

—Unos setecientos, señor...

Jackson se echó a reír.

—Nos tocan a seis por cabeza — dijo — y yo tengo buen apetito.

El general desenvainó el sable y dijo a sus soldados:

—Carguen! ¡Háganse fuertes en aquella altura, muchachos! ¡Aguanten firme y fuego sin tregua!

Y las tropas, animadas por el fervor patriótico,

se lanzaron con impetuosidad contra los renegados y los indios.

Abrióse un fuego graneado. Y durante tres días los soldados de Johnston ocuparon la loma... sufriendo pérdidas considerables.

Pasados aquellos días la lucha seguía feroz, implacable... Mas los alimentos escaseaban y el general comenzaba a sentir la inquietud de ese gran enemigo de las victorias: el hambre.

—Estamos sin raciones y los muchachos desfallecen — dijo.

—¡Dejadme que vaya en busca de ayuda a San Diego, mi general! — dijo el capitán Hamilton.

—¡Imposible! ¡Todo el territorio está cuajado de enemigos!

—Puede ser que podamos pasar vistiéndonos de mejicanos.

—Si no le importa perder la vida, le autorizo.

—Lo consideraré un supremo honor.

El guía Jackson y otro soldado quisieron acompañar a Hamilton. Y los tres se alejaron de la loma arrastrándose a gatas para atravesar la línea enemiga.

—Ustedes dos vayan directamente a San Diego — les dijo el capitán —. ¡Yo me encargo de entregar a los rebeldes!

Y mientras él oculto detrás de un árbol disparaba contra los renegados e indios, sus dos compañeros lograron sin obstáculo llegar tras fatigosa jornada a la ciudad de San Diego donde estaban acampadas las tropas del comandante Wilson.

Los dos hombres, muertos de fatiga, se dejaron caer en tierra, sin ánimo para sostenerse en pie, apenas llegados ante el comandante.

—¡Johnston... pelea contra todos los renegados!... ¡Y su situación es difícil! — dijeron.

—... ¡Ah, salgamos al instante para ayudarlos! — dijo el comandante.

—¡Nosotros también le seguiremos, señor! — dijo el guía Jackson.

—¡No... no... vosotros no podéis! ¡Necesitáis reposo!

—¿Qué importa ello? ¡Viva Johnston!

Y aquellos dos hombres tras la larga jornada efectuada tuvieron ánimos para ir con los soldados de Wilson en el viaje de regreso. ¡Les daba alas el anhelo de la victoria!

El capitán Hamilton, perseguido muy de cerca por los renegados, había llegado más tarde a la ciudad de San Diego.

Deseaba ver de nuevo a Felice, la mujer que había sido en los últimos días de lucha el ídolo al que evocar.

La noche era cerrada. El capitán se detuvo ante la casa donde vivía ella, y ansioso de ocultarse a la vista de sus enemigos, empujó una ventana que vió ajustada y se metió en el interior de la habitación sumida en suave penumbra. Quiso el destino que en aquel cuarto descansara tranquilamente Felice, quien se levantó del lecho envolviéndose en vaporosa bata al ver que un hombre avanzaba hacia ella.

—¿Quién es? — dijo al tiempo que encendía un velón.

—Siento mucho molestarla, señorita...

—¿Usted... el capitán Hamilton?

—¡A sus órdenes y a merced suya!

—¿Por qué vino usted?

—¡Me persiguen! ¡Si me encuentran me colgarán! ¡No oye pasos? ¡Son ellos, los renegados!

Ella le contempló con emoción. Fijóse en que la

camisa de Hamilton estaba empapada en sangre y le preguntó horrorizada:

—Pero, ¿qué tiene usted?

—Es una vieja herida, señorita, que no quiere cicatrizarse...

Felice se estremeció. Ella misma había sido la insensata que había herido al capitán.

Pero se escucharon pasos cercanos y apagó la luz, mientras el capitán se escondía cerca de un mueble.

Las tropas renegadas habían seguido las huellas del capitán hasta allí. El que hacía de jefe levantó con osadía la persiana queriendo entrar en la habitación. Pero Felice dando muestras de gran indignación, le dijo:

—¿Cómo se atreve usted?

—Mil perdones, señorita Martín — dijo el jefe, retrocediendo — pero creímos haber visto a un sujeto peligroso por la ventana.

—¡Aquí no ha entrado nadie!

—¡La creo! ¡No faltaba más!

Y se alejó con sus soldados. Los Martín eran fieles a las tropas del Sur. No había por qué temerles.

Pero como las huellas se perdieran precisamente ante la ventana de Felice, el jefe sospechó que el capitán podía estar oculto por las cercanías o en algún rincón.

Cuando Felice acercóse a Hamilton vió que éste, debilitado por la herida, se había desvanecido. Temblorosa procuró reanimarle y lentamente el militar volvió en sí.

El jefe rebelde había llamado a la casa de los Martín donde éste se encontraba con varios compañeros de causa, entre ellos Drochano, que protegido con el uniforme de oficial de un país neutral conspiraba como el peor de los renegados.

—Seguimos las huellas de un tipo sospechoso hasta la ventana de su hija... ¡quizás un oficial de los federales! — explicó el recién venido.

—¿Cómo es posible? ¡Vayamos, pues, a verlo!

Todos se dirigieron hacia la habitación de Felice. Esta, desesperada, había rogado al capitán que se ocultase detrás de ella, cubierto por la colcha de la cama.

Cuando llegaron a la alcoba la muchacha dió muestras de gran sorpresa, afirmando que no había visto ni oído nada.

A Drochano le inspiraba poca confianza esa mujer. Veía en sus ojos una nerviosidad fuera de tono.

—¿No se ha movido usted de este cuarto y... no ha oido nada? — le preguntó.

—Sí, señor! Oí un ruido como si la puerta se abriese... y cuando fui a mirar...

—¿Qué? — preguntó anhelante.

—¡La encontré cerrada!

Drochano la miró furioso.

De pronto vió que la colcha se movía agitada por la respiración de una persona. Sonrió irónicamente. ¡Vamos... vamos... ya salió la protección!

—Señorita — le dijo —, le ruego tenga la bondad de apartarse de aquí!

Ella temblando y del brazo de su padre, obedeció.

Drochano acercóse al lecho y tomando el largo fusil de uno de sus soldados, examinó la punta del machete.

—¡Admirable! —, dijo— ¡A veces se encuentra uno con sorpresas y lo mejor es suprimirlas!

Y riendo con risa infernal levantó el arma pronto a descargarla sobre la colcha.

Loca de terror, Felice dió un grito desesperado.

—¡Oh! ¿qué pasa? —, dijo Drochano, riendo.

Y alzando con la punta de sus dedos la colcha dejó ver ante todos al capitán Hamilton.

—¡Ah, las cosas se han trocado, querido! —, dijo riendo—. ¡Ahora es usted quien está en nuestro poder!

Nada respondió Hamilton y digno y noble se dejó conducir a la cercana prisión entre varias filas de soldados.

Al marchar envolvió en una mirada de amor a Felice. ¡Gracias, amada, por lo que había hecho por él!

Felice abrazada a su ama doña Marta y a su padre lloraba silenciosamente.

El joven capitán fué trasladado a la prisión, pero él no era hombre que pudiera estar mucho tiempo detenido.

Quería castigar a Drochano, hacerle morder el polvo... Y poco después cuando una pareja de soldados entró en el calabozo para comprobar que no se había fugado, Hamilton suspendido valientemente

25

del techo se lanzó contra ellos y aprisionándolos logró escapar de la prisión.

Ya en la calle le vió Drochano y otros soldados que corrieron en su persecución, pero Hamilton trepando por balcones y ventanas consiguió entrar en



*Loca de terror, Felice dió un grito...*

la casa de Martín dirigiéndose de nuevo a la habitación de Felice donde ésta se hallaba con su dama de compagnía.

Pero el capitán, rendido por el esfuerzo realizado y por la herida del hombro, cayó en tierra casi sin sentido.

Drochano y sus hombres con Martín no tardaron en aparecer. Con el sable desenvainado acercóse Drochano al militar y le dijo con energía:

—¡Levántese usted, capitán!

Hamilton penosamente se irguió... Estaba pálido, parecía no poder sostenerse.

Y mirando con odio feroz, agregó Drochano:

—¡Todas las desventajas están de su parte, capitán!

Haciendo un esfuerzo energético, repuso Hamilton:

—Mi madre me educó para luchar con ellas. ¡Esto no es nuevo para mí!

—¡Pues en guardia! ¡Voy a tener el placer de matarle a usted yo mismo!

—¡Placer? — gritó Hamilton — ¡Espere a probarlo!

Cogió un sable, realizando un esfuerzo grandioso de todas sus energías.

Felice viendo el estado de aquel hombre, suplicó a Drochano:

—¿Será usted capaz de matar a un hombre herido?

—Si está fuerte para enamorar también debe estarlo para batirse — contestó Drochano con desprecio.

—¡No sólo fuerte sino ansioso tratándose de usted! — le gritó Hamilton.

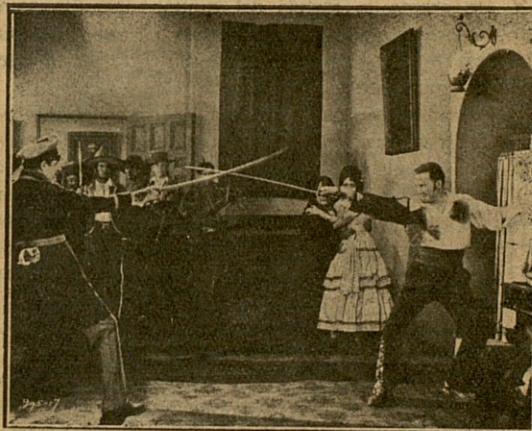
—¡Pues pronto!

Y los dos hombres comenzaron su desafío, cruzando los aceros con rabia loca.

El odio armaba los dos brazos, las dos espadas que entrechocaban con violencia.

Drochano infirió un corte en el cuello de su adversario y le dijo:

—¡He aprendido ésto con uno de los mejores esgrimistas de Europa!



—¡He aprendido ésto con uno de los mejores esgrimistas de Europa!

Pero Hamilton le dió la réplica. Su espada le tocó en un hombro.

—¡Y yo aprendí esto otro — dijo —, con los marineros de los Estados Unidos!

—¡Ah, miserable!

La lucha proseguía feroz. Los aceros golpeaban reciamente con un afán de segar cabezas o abrir corazones.

Pero Hamilton no perdía la serenidad mientras que Drochano iba siendo cegado por la rabia.

Y de pronto la espada del capitán Hamilton sin hallar obstáculo ante ella, atravesó el pecho de su adversario quien cayó en tierra para no levantarse más. El golpe había sido mortal.

Hamilton vaciló unos instantes y cayó desvanecido... Se agotaban los últimos recursos de su voluntad.

Y en aquellos momentos se escuchó por San Diego el paso de muchos soldados. Eran las tropas de Wilson que habían ido a salvar a las del general Johnston y que regresaban juntas después de la victoria.

Los renegados intentaron en vano hacerles frente, y huyeron luego o fueron detenidos.

Y cuando Hamilton volvió en sí encontró cerca de él cuidándole amorosamente a Felice y a varios compañeros de armas, entre ellos el explorador Jackson.

—¡Ahora comprendo por qué quería usted venir a San Diego! — le dijo este último picarescamente.

Hamilton sonrió y acarició con la mirada a Felice...

\*\*

¡Y fué así como el Sur se unió con el Norte! El señor Martín no supo sustraerse a los deseos



Hamilton vaciló unos instantes...

de su hija y autorizó para plazo próximo el casamiento de Felice con el capitán Hamilton.

Martin ya no lucharía más o menos encubiertamente por las gentes del Sur. Su hija era ahora del Norte y él debía respetarla.

Y tras las jornadas fatigosas, Felice y Hamilton encontraron la senda de la felicidad.

Y la dama de compañía doña Marta tuvo más trabajo que nunca para evitar que antes de que se hubiesen casado, los dos jóvenes aprovecharan todos los mementos para unir sus labios...

FIN

## PRÓXIMO NÚMERO:

La sentimental novela

## EL CALOR DELhogar

Por SALLY O'NEIL y ROY D'ARCY

No debe faltar en ninguna biblioteca de buen gusto la sensacional novela cinematográfica

## EL CAPITAN SORRELL

publicada en las

SELECTAS EDICIONES ESPECIALES de  
LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

Es una joya de LOS ARTISTAS ASOCIADOS

Estupendo reparto : H. B. Warner, Mary Nolan,  
Nils Asther, Mickey Mc. Ban, Carmel Myers,  
Alice Joyce, Louis Wolheim, etc.

32 fotografías

Portada a varios colores

Conmovedor asunto, dedicado  
a todos los padres del mundo.

HOY SE HA PUESTO A LA VENTA

## EL JARDIN DEL EDEN

por Corinne Griffith, Charles Ray,  
Louise Dresser, etc.

Es, también, una joya de LOS ARTISTAS ASOCIADOS

EXCLUSIVA  
DE VENTA

Sociedad General  
Española de Librería

Barbará, 16  
BARCELONA

Farraz, 21  
MADRID

B.

